

El Trujamán REVISTA DIARIA DE TRADUCCIÓN

Martes, 19 de marzo de 2013

BUSCAR EN EL TRUJAMÁN

HISTORIA

Biblia y traducción (43): «Como un águila que revolotea sobre el nido»

Por Juan Gabriel López Guíx

«Como un águila que revolotea sobre el nido y anima a sus polluelos a emprender el vuelo, así el Señor extendió sus alas, lo tomó y lo llevó sobre sus plumas» (Biblia Traducción Interconfesional, BTI). Este versículo (Deuteronomio 32:11) alude a la protección del Pueblo Elegido durante la travesía del desierto, tras la huída de Egipto. La misma comparación se encuentra en Éxodo 19:4. El paralelismo entre Dios y el águila, la reina de las aves, resulta de lo más apropiado. Ahora bien, la palabra hebrea *nesher*, empleada aquí, significa «buitre», el animal salvaje más mencionado en el Antiguo Testamento (26 veces). Las biblia traducen de modo mayoritario «águila». Algunas, como la Reina-Valera, traducen así todas sus apariciones. Otras utilizan «buitre» excepcionalmente; sobre todo, en el contexto muy peyorativo de Proverbios 30:17 («Quien mira a su padre en son de burla y desprecia a su anciana madre, los cuervos le sacarán [los ojos] y será devorado por los buitres», BTI; también en Biblia del Peregrino) o en Miqueas 1:16, donde se hace referencia a su cabeza aparentemente calva, aunque en realidad está cubierta de plumón blanco («vuélvete calvo como el buitre», BTI; también en Navarra, Conferencia Episcopal Española, Jerusalén, Libro del Pueblo de Dios).

El resultado es que *nesher* ha sufrido en las traducciones una especie de disociación maniqueista y, según los contextos, lo vemos transformarse, por así decirlo, en «Doctor Águila» o en «Mister Buitre». En eso se diferencia del cuervo, que supo contener dentro de sí las fuerzas centrífugas del Bien y del Mal, y mantener su integridad córvida, ambigua pero plena: fracasó de modo palmario ante Noé en el episodio del Diluvio (según ciertas tradiciones judías y cristianas, se entretuvo picoteando cadáveres), pero lo encontramos unos pocos libros más adelante alimentando con panes al profeta Elías en el desierto. Quizá en el caso del *nesher*, como ponen de manifiesto los dos primeros versículos citados, era demasiado trascendente lo que estaba en juego. Las consecuencias de la metamorfosis también se dejaron sentir, más allá del Antiguo Testamento, en la iconografía de los cuatro apóstoles neotestamentarios, cuyas figuras simbólicas se basan en una visión de Ezequiel (1:4-10) que contiene un *nesher* convertido en águila y adjudicado por la exégesis cristiana al apóstol Juan.

En realidad, el *nesher* al que hace referencia el texto bíblico no es un buitre cualquiera, sino el buitre leonado (*Gyps fulvus*), un majestuoso animal de hermoso plumaje y una envergadura de casi tres metros. En la actualidad, habita sobre todo en la península ibérica, Cerdeña y el noroeste de África, así como desde los Balcanes y el Levante mediterráneo hasta el Asia central. Para los egipcios fue una diosa tutelar; los asirios lo convirtieron en símbolo de la realeza. De hecho, a esos dos imperios hace referencia la alegoría de las dos «águilas» de Ezequiel 17:1-10. El águila entró simbólicamente en Palestina en época helenística, como se aprecia en las monedas de la época de Alejandro Magno y sus sucesores, que toman el ave del arsenal iconográfico de Zeus. Más tarde, los romanos subrayaron su identificación con el poder absoluto al lucirla en los estandartes y escudos de sus legiones.

En el ámbito de los trasladados bíblicos, la mutación del buitre en águila no puede tener orígenes más augustos. La encontramos en la primera traducción del texto hebreo, la Septuaginta griega, y se mantuvo en la Vulgata latina, unas versiones realizadas en dos contextos históricos muy diferentes, la época helenística y el Bajo Imperio, pero en los que el águila reinó en majestad y se desdenaron los atractivos del buitre. Los traductores helenísticos, al pasar de *nesher* (נֶשֶׁר) a *aetós* (ἀετός), realizaron sin saberlo la primera «traducción dinámica» de la historia de la traducción bíblica. Luego, casi siete siglos después, Jerónimo, a pesar de sus conocidas declaraciones de sumisión al texto bíblico (donde «Incluso el orden de las palabras es un misterio», *Epístola a Pamaquio*), se dejó llevar por el *aquila* en el vuelo de la llamada «equivalencia dinámica». Se impone, pues, la constatación de que a veces, para la reflexión traductológica, la práctica traductora parece dejar un rastro tan oculto como el del *nesher* por el cielo (Proverbios 30:19).

Nosotros, si nos esforzamos, podemos distinguir ese tenue rastro dibujado en los cielos gracias a los astrónomos árabes medievales, que nombraron a dos de sus constelaciones *Al nasr al tair*, «el buitre que alza el vuelo», y *Al nasr al waki*, «el buitre que desciende en picado». En nuestros catálogos, son Águila y Lira, cuyas estrellas más brillantes, Altair y Vega, forman junto con Deneb, alfa de Cisne, un majestuoso triángulo celeste en el verano boreal. Ciegos como estamos culturalmente a sus bellezas, no sólo en las biblias, también en los cielos, hemos traducido obstinadamente los buitres en águilas.

[Ver todos los artículos de «Biblia y traducción»](#)

